

LA OCUPACIÓN MOCHICA MEDIO EN SAN JOSÉ DE MORO

Martín del Carpio Perla*

Desde el hallazgo de las tumbas de las sacerdotisas, San José de Moro es considerado uno de los sitios Mochica Tardío más complejos excavados en el Perú. Dicha complejidad, sin embargo, puede ser rastreada en el lugar hasta sus orígenes, durante el periodo Mochica Medio. Dos cementerios superpuestos dan inicio a la ocupación humana del sitio y del pequeño valle del río Chamán, aledaño al inmenso Jequetepeque. Ambos cementerios nos muestran intrincados patrones funerarios donde individuos privilegiados provenientes de sus comunidades son enterrados luego de prolongadas pompas. El establecimiento del nuevo lugar sagrado de San José de Moro, la colonización del valle de Chamán y la construcción de canales de irrigación en búsqueda de nuevas tierras, sembraron, también, una etapa de conflictos y desencuentros que solo la religión mochica pudo aminorar.

Hace diez años varias publicaciones sobre la cultura Mochica dieron cuenta de que con la cantidad de nuevos datos de campo que había, las antiguas propuestas de Rafael Larco debían replantearse. Así, el fenómeno Mochica, como una cultura de desarrollo homogéneo en los valles de la costa norte, fue separado en dos grandes regiones geográficas (Castillo y Donnan 1994a; Kaulicke 1992; Shimada 1994a). Hace diez años, también, que los estudios sobre los mochicas siguen multiplicándose, y, una vez más, nuevos datos de campo parecen obligar a crear nuevas teorías que los acojan. Hoy las ideas se dirigen a enfatizar la complejidad mochica.

Un nuevo consenso engloba criterios que consideran lo mochica como un conjunto de *múltiple polities* (Quilter 2002: 155) que «[...] habrían competido entre sí a la manera de ciudades-estado mayas, manteniéndose independientes a pesar de compartir la misma cultura material y la misma religión» (Makowski 2004: 37). Como consecuencia, las variadas propuestas sobre lo mochica podrían ser válidas en algunos de los distintos momentos y espacios que los diferentes grupos ocuparon (Quilter 2002: 161). Los mochicas debieron tener, entonces, orígenes, historias, procesos y finales distintos, si bien estuvieron unidos por conceptos religiosos rigurosos y por una cultura material lo suficientemente parecida como para permitirnos seguir llamando mochicas a

productores y usuarios. A la luz de los nuevos hallazgos, los mochicas son para los investigadores varios grupos en competencia que se desarrollaron de forma similar a las «parcialidades» andinas halladas a inicios del periodo colonial (Quilter 2002; Russell y Jackson 2001; Shimada 2001).

Uno de los grandes aportes de la cultura Mochica, la gran infraestructura hidráulica, pudo estar determinando la conformación de unidades políticas en algunos valles de la costa norte (Billman 2002, para el valle de Moche). En la región que nos ocupa, el valle de Jequetepeque, parecen existir entidades políticas separadas para los periodos Mochica Medio y Tardío, donde el acceso a los canales pudo resultar en la formación de distintos grupos (Luis Jaime Castillo, comunicación personal 2004). Diferencias en patrones de asentamiento, ligeras variaciones en los objetos y distintos patrones funerarios dentro del universo mochica, deben ser reflejo de los conceptos teóricos que manejamos. Esa es la tarea que nos convoca.

La nueva teoría se aviene pues en un intento de mostrar aquello que podríamos llamar *pequeña arqueología*, con el afán de validar modelos que de primera intención deben ser probados en sitios arqueológicos con evidencias que puedan clasificarse, de manera gruesa, como mochica, y, en segunda instancia, de ampliar este modelo a ámbitos intravalles.

* Pontificia Universidad Católica del Perú. Proyecto Arqueológico San José de Moro. Correo electrónico: adelcarpio@pucp.edu.pe.

Estas ideas no son nuevas y vienen siendo practicadas por proyectos arqueológicos de largo aliento como el Programa Arqueológico Complejo El Brujo, el Proyecto Arqueológico San José de Moro (PASJM), el Proyecto Arqueológico Huacas del Sol y de la Luna, el Proyecto Huancaco, el Proyecto Orígenes de Mochica y el Proyecto Santa, entre otros.

Frente a la cronología de cinco fases que propusiera Rafael Larco (1948), los arqueólogos del territorio Mochica Norte empezaron a usar una cronología algo menos refinada, de tres periodos, que de momento parece adecuarse mejor a los datos (Castillo y Donnan 1994a). En este trabajo uso esta cronología, en plena vigencia, pero que aún no tiene un sustento estratigráfico preciso. Esta cronología debe contener secuencias finas en el interior de los asentamientos, para luego ser comparada con secuencias de asentamientos cercanos; en estilo de objetos, en procesos de cambio y en tiempos absolutos. Por ello, este artículo es, en primer lugar, un estudio funerario de los cementerios del Mochica Medio de San José de Moro, y en segundo lugar, un intento por refinar la cronología mochica del sitio y, en menor medida, de la región Jequetepeque-Chamán (término acuñado por Julio Rucabado en este volumen). Ese es el marco en el que nos movemos.

Los cementerios Mochica Medio de San José de Moro

San José de Moro se ubica a veinte kilómetros del mar en el pequeño valle del estacional río Loco o Chamán. En la actualidad, los campos de cultivo que lo rodean son irrigados con aguas desviadas de la represa de Gallito Ciego, ubicada al sur, en el valle medio del río Jequetepeque (figura 1).

El sitio arqueológico es conocido debido a las extraordinarias tumbas Mochica Tardío (c. 600 d.C.-850 d.C.) y Transicional (c. 850 d.C.-1000 d.C.) y a la enorme cantidad y calidad de vasijas finas que ellas contienen (Donnan y Castillo 1994; Rucabado y Castillo 2003). Es considerado uno de los cementerios arqueológicos más complejos de la costa norte peruana.

Esta manifiesta complejidad puede rastrearse hasta sus orígenes, durante el periodo Mochica

Medio (c. 400 d.C.-600 d.C.). Desde hace algunos años las grandes áreas de excavación que el PASJM realiza, nos han permitido, además, descubrir nuevas evidencias de ocupación en este antiguo cementerio.

Bajo las densas capas de ocupación Mochica Tardío del sitio existen hasta dos grandes momentos funerarios, dos cementerios superpuestos, que hemos denominado cementerio Mochica Medio A (MMA) y cementerio Mochica Medio B (MMB). Sus contextos funerarios presentan, entre otros objetos, cerámica con características similares, pero no iguales, a la cerámica denominada por Rafael Larco (1948) Mochica fases II y III (las diferencias cerámicas entre Mochica Medio y su contraparte sureña Mochica fases II y III han sido abordadas por Castillo y Donnan 1994a). Estos cementerios corresponden a la primera y segunda ocupación funeraria de San José de Moro y están estratigráficamente separados entre sí y de la secuencia posterior de cementerios: Mochica Tardío, Transicional y Lambayeque.

A lo largo de catorce años de investigaciones el PASJM ha logrado comprender parte de la lógica interna de crecimiento del sitio. La ocupación mochica se distribuye por toda la explanada entre montículos, que llamamos la «Cancha de Fútbol». Luego el sitio experimenta un crecimiento hacia el este y norte donde, por sobre las capas mochica, encontramos las capas transicionales (Rucabado y Castillo 2003); y luego hacia el este, donde, esporádicamente, encontramos las tumbas lambayeque (Jaquelyn Bernuy, en este volumen). En la periferia, por último, encontramos algunas construcciones no funerarias chimú (Castillo y Donnan 1994b). Si bien hasta hace unos años conocíamos la existencia de algunos contextos funerarios Mochica Medio dispersos en el sitio, no es hasta el año 2000 que descubrimos la primera gran concentración de estos contextos (figura 2).

Hasta el 2003, el PASJM lleva excavados cerca de 300 contextos funerarios, siendo los cementerios Mochica Medio (63 contextos) el segundo grupo en abundancia luego de la ocupación funeraria Mochica Tardío. La preeminencia de contextos funerarios del primer momento de ocupación de San José de Moro, el cementerio MMA (46 contextos), frente a la escasez de contextos del segundo momento MMB (17 contextos), nos obliga a dar un trato diferenciado a

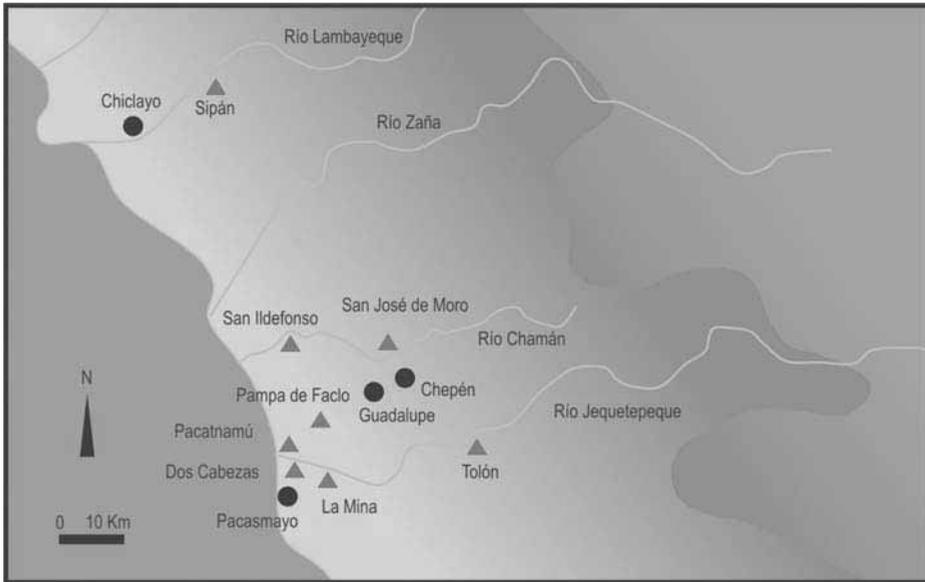


Figura 1. Plano de ubicación de los sitios mencionados en el texto.



Figura 2. Concentración de tumbas de bota Mochica Medio. Áreas 15-16, temporada 2000.

ambos cementerios. Por ello, tocaremos en detalle y desarrollaremos la investigación profunda de MMA, quedando la información de MMB para posteriores análisis. Intentaremos aquí hacer un análisis del patrón funerario y de la distribución espacial de la ocupación MMA de San José de Moro.

La ocupación Mochica Medio A de San José de Moro

Estructura funeraria

El tipo de estructura funeraria para la fase MMA de San José de Moro corresponde, casi exclusivamente, a tumbas en forma de bota: con un pozo de acceso de sección rectangular de 140 cm a 170 cm de profundidad y una cámara lateral de unos dos metros de largo. Esta cámara alberga, por lo general, a un solo individuo y sus asociaciones. Los sepultureiros conocían bien los estratos estériles que debían romper para construir sus tumbas. Así, teniendo una sucesión de capas de arena suelta y greda compacta, producto de antiguas lagunas (Bustamante 2003: 147), buscaron la capa más gruesa de arena (aproximadamente 50 cm) para facilitar la construcción de las cámaras laterales que albergaron a sus muertos. Dejaron, por lo tanto, un habitáculo vacío entre dos capas de greda, que utilizaron a manera de «piso» y «techo» de cámara, donde depositaron al individuo. La cámara resultante es tan baja (50 cm) que es posible el ingreso de solo una persona, arrastrándose para acomodar, primero el cadáver, y luego sus asociaciones. Ello determina que no exista un patrón definido de ubicación de las asociaciones al interior de las cámaras. Quizá fue importante para los mochicas de la fase MMA una ubicación precisa de objetos dentro de un contexto funerario (figura 3).

Las cámaras funerarias están selladas por una pequeña pared de adobes, que consta de tres a cuatro niveles de adobes colocados de soga y de un último nivel con adobes colocados de pandereta, que clausura totalmente la cámara. Los adobes fueron hechos en gavera de cañas de 35 cm x 25 cm x 10 cm, y son bastante más grandes y planos que los adobes que sellan las tumbas de bota Mochica Tardío (Gálvez *et al.* 2003: figura 3.21, han presentado un ejemplo de

gavera de cañas). Algunos adobes MMA presentan marcas en una de sus caras: marcas a manera de «X», líneas diagonales o improntas de dedos.

Asociaciones

Las asociaciones halladas en las tumbas MMA consisten, por lo común, en una o dos piezas de cerámica, ya sean finas botellas asa estribo, cántaros decorados u ollas con evidencias de hollín. Algunos de los cántaros y ollas son de estilo Gallinazo. Ambos tipos cerámicos fueron hallados indistintamente en contextos funerarios que a su vez, contenían botellas reconocibles como Mochica. Es posible, como se ha generalizado desde hace algún tiempo, que los estilos Mochica y Gallinazo sean parte de un mismo desarrollo cultural. No hay ninguna diferencia de patrón o ubicación entre una tumba que, entre sus ofrendas, contenga vasijas de estilo Gallinazo y una que solo contenga vasijas de estilo Mochica (figura 4).

Las botellas asa estribo son de diseños y formas variados. Algunas sobre relieve y coloridas, otras más bien grises de atmósferas reductoras. Aunque presentan algunos parecidos formales y representaciones similares a las botellas Mochica de la fase III (por ejemplo combate ritual, monos recogiendo ulluchus, escena de alumbramiento), y poseen asas estribo con golletes evertidos, mantienen algunas diferencias cromáticas. En el Mochica Norte no existe la línea fina de la fase Mochica III Sureño, ni el clásico color granate sobre crema brillante, que parece haber sido reemplazado por el color púrpura y naranja sobre blanco opaco (Castillo y Donnan 1994a: 169) (figura 5).

Además de la cerámica, hemos hallado pocas evidencias de mates, piruros, restos de camélidos y piezas de cobre. Las partes de camélidos representadas en las tumbas son los cráneos y las extremidades articuladas, desde los metapodios hasta las falanges, es decir, las partes menos carnosas del animal. Tenemos variadas muestras de cobre, casi todas ellas, lingotes pequeños que han sido fragmentados y colocados en manos y boca de los individuos como parte del ritual. A diferencia de las tumbas Mochica Tardío del sitio, el ajuar Mochica Medio es muy escaso.



Figura 3. Tumba de bota Mochica Medio A (M-U725). Arriba: capas de greda donde se construye la cámara (M-U914).



Figura 4. Tumbas Mochica Medio A. Tumba M-U844 y ataúd de Tumba M-U1026.



Figura 5. Botellas de asa estribo Mochica Medio A.

Tratamiento del individuo

La mala preservación que presenta el sitio en sus capas más profundas ha impedido la supervivencia de elementos orgánicos. Pese a ello, es posible inferir que los individuos enterrados durante la fase MMA tuvieron tratamientos funerarios variados. Estos tratamientos seguramente consistieron en elementos de vestido, mortajas de textiles llanos y, en algunos casos, envoltorios de cañas a manera de petates enrollados o ataúdes de cañas propiamente dichos.

Tres de los contextos funerarios estudiados muestran la complejidad del tratamiento dado a los difuntos. El contexto funerario M-U1028 es, en apariencia, un contexto que no escapa de la norma. Sin embargo, los sepultureros colocaron por debajo del cadáver dos maderos a los que prendieron fuego antes de sellar el acceso, en un tratamiento único. Este evento es importante, pues la carbonización de los objetos ha permitido conservar algunos elementos orgánicos que, en otros contextos funerarios, no resistieron el tiempo. Gracias a este hecho, hemos hallado elementos como mates o semillas de algodón. Se notan claramente también restos carbonizados de cañas de envoltorio que, por zonas, han sido cuidadosamente amarradas con soguillas para mantener la rigidez del fardo (igual que los tratamientos descritos por Christopher Donnan 1995).

Otro contexto funerario, el M-U1026, ha mantenido asombrosamente el ataúd, que ha sido reducido a improntas de caña (figura 4). Entre el ataúd y el cadáver se pudo conservar algo de la tela de envoltorio, lo cual resulta en un individuo, primero envuelto en textil y luego colocado en su ataúd. El tratamiento debió ser más complejo, pues otro contexto, el M-U813, presenta tanto improntas de textil a manera de envoltorio, como algunas improntas de textiles entre este y el cadáver, y por debajo de algunas herramientas de metal. Quizá este textil interior sea indicativo de vestimenta. Es decir, este individuo y, quizá otros de la muestra, pudieron estar vestidos a la hora de su entierro.

En resumen, los individuos presentan tratamientos variados que consisten posiblemente en elementos de vestido, luego envueltos en textiles llanos, para, en algunos casos, ser colocados en envoltorios de cañas, como petates enrollados, y, en otros, en ataúdes de caña propiamente dichos. La mala preservación no permite determinar las diferencias entre los distintos tipos de envoltorio.

Posición y orientación de los individuos

La posición general de los individuos es extendida dorsal y la orientación de los cuerpos enterrados es con la cabeza dirigida al sursuroeste. Sin embargo, hay algunos contextos que escapan de este patrón y deben ser explicados (figura 6).

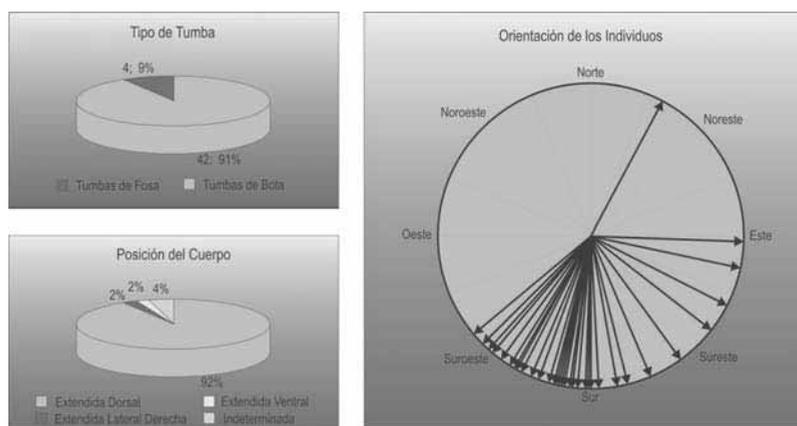


Figura 6. Tablas de tipo de tumba, posición de cuerpos y orientación de los individuos.

La orientación de los individuos está guiada, de alguna manera, por la orientación de las bocas de tumba y de las cámaras laterales. Si un sepulturero pretendiera la perfecta orientación de un individuo hacia algún punto visible, un cerro o un astro por ejemplo, su labor resultaría complicada. Debiera entrar, con las dificultades ya mencionadas, en la cámara, mover al individuo, salir de ella y ver por sobre el pozo de acceso, para comprobar la correcta ubicación y volver a repetir el experimento. Quizá a ello se deban algunas variaciones en la orientación de los individuos.

Si bien no sabemos el motivo por el cual los individuos han sido enterrados en dicha dirección, podemos establecer la razón de las orientaciones anómalas. Los mochicas de San José de Moro no establecieron marcadores de tumbas, por lo que, suponemos, les fue difícil saber donde se ubicaban las tumbas anteriores. Los contextos funerarios son gruesamente contemporáneos, es decir, pertenecen a una misma capa. Por lo tanto, los sepultureros de la fase MMA pudieron observar, en el terreno, algunas evidencias de los hoyos de tumbas anteriores. Por el contrario los sepultureros de la fase MMB no sabían dónde estaban ubicados los entierros del primer cementerio, por lo que, inevitablemente, intruyeron algunos pozos de acceso anteriores. Al darse cuenta de que había algunas paredes de adobe, supieron que estaban

frente a una tumba más antigua y decidieron conservarlas, en desmedro de una correcta orientación hacia el sursuroeste. Cambiaron la orientación de la nueva cámara lateral hacia el norte y enterraron al nuevo individuo en esa dirección. La orientación de los individuos está supeditada a la preservación de los difuntos anteriores.

Las anomalías en tipo de estructura y posición de los individuos también pueden ser explicadas. En la fase MMA existen escasas cuatro estructuras de fosa, todas ellas contienen infantes. El menor de ellos, del contexto funerario M-U840, de unos seis meses de edad, ha sido colocado en posición extendida ventral. Es, además, el único caso de individuo extendido ventral. Ello quiere decir que los niños MMA son enterrados en superficiales tumbas de fosa y sin ajuar. Existe un caso excepcional de un niño enterrado en una tumba de bota (Tumba M-U814), con todos los tratamientos de un adulto: cerámica (*crisoles*), cuentas de collar y cobre en manos y boca. Lo resaltante del contexto es que es el más cercano a uno de los contextos más ricos de la época, el M-U813 (ver más adelante), uno al lado del otro, y ambos, juntos, también, a una tumba cercana (M-U844) que contiene una mujer. Las mismas marcas de dos dedos impresos en los adobes de sus tapas se encuentran solo en estas tres tumbas. Quizá conformaron un núcleo familiar de rango medio o alto (figura 7).

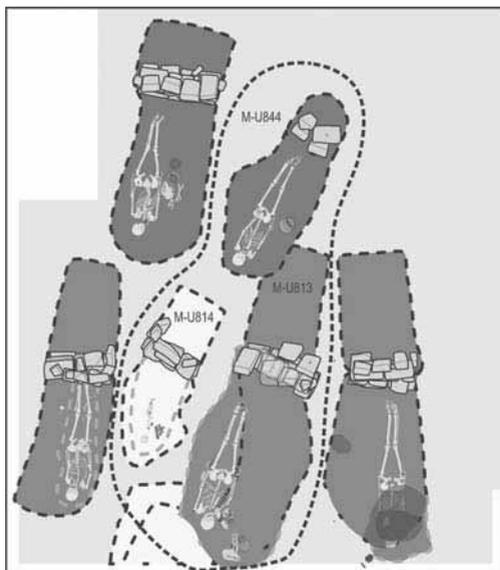


Figura 7. Tumbas Mochica Medio A. Áreas 15-16.

Población funeraria

En nuestra muestra existe una notoria escasez de niños y de jóvenes menores de veinte años, y un número elevado de individuos cuyas edades al morir fluctúan entre 30 y 45 años. Existe también una mayor cantidad de hombres que de mujeres, casi el doble.

Ambos hechos nos dan a entender que nuestro cementerio no es una muestra representativa para los estándares poblacionales de la época. La población funeraria MMA, tanto en sexo como en edad, ha sido manipulada en favor de hombres adultos (figura 8).

Distribución espacial

Los procesos de formación de un cementerio suelen ordenar los contextos funerarios en forma secuencial o en grupos. El hecho de la muerte puede ser considerado un tránsito por el que pasa el protagonista hasta adquirir una nueva condición humana, donde modifica o renueva sus relaciones a nivel social, político, económico, religioso y familiar (Van Gennep 1960). La forma de vida, o, incluso, la manera de morir, determinan el tránsito a la otra vida.

El tránsito se efectúa mediante prácticas funerarias. Por ello no podemos olvidar que los eventos funerarios que excavamos llevan implícito criterios de estatus, políticos, religiosos (Binford 1971), que pueden estar relacionados con la lógica de formación de los cementerios. Recordemos como ejemplo, que en las iglesias católicas de las épocas medieval y colonial, los muertos, que en vida fueron benefactores de las distintas órdenes religiosas, fueron también enterrados, como privilegio, en los lugares más cercanos al altar; más cerca de Dios.

Un cementerio, entonces, tiene una lógica de distribución espacial de contextos funerarios, que pueden ordenarse por criterios de edad, de sexo, familiares, económicos, políticos, sociales, de fecha de defunción, de tipos de muerte, o por la suma de algunas de estas y otras variables. La distribución en un cementerio es normalmente regulada; tanto en términos de los contextos funerarios que alberga, como de las áreas de actividades relacionadas.

Sin embargo, basta un ejemplo para señalar la complejidad de lo expuesto: en algunas sociedades, «[...] las mujeres poderosas, o las que han superado la menopausia, pueden a veces ser clasificadas y enterradas como “varones”; los hombres sin circuncidar o los solteros pueden ser clasificados [y enterrados] como “niños” o “hembras”» (Barley 2000: 110).

Durante los años de investigación del PASJM hemos excavado cerca de la quinta parte de la «Cancha de Fútbol». En los últimos tiempos hemos obtenido algunos resultados sobre la distribución de contextos funerarios MMA del sitio. Existen, hasta el momento, dos núcleos funerarios durante la fase MMA; núcleos que llamaremos desde ahora Grupo Oeste y Grupo Este. Ambos grupos nacen de los planos de distribución espacial de contextos funerarios en el sitio. Aunque en la actualidad creemos estar encontrando algunos contextos funerarios MMA en la zona norte del sitio, que podrían conformar un grupo norte, todavía no se han concluido las excavaciones ni los análisis (Manrique 2004). Ambos grupos de contextos funerarios están físicamente distanciados; un conjunto de tumbas concentradas hacia la zona media oeste del sitio, y el otro conjunto, hacia la zona media este (figura 9).

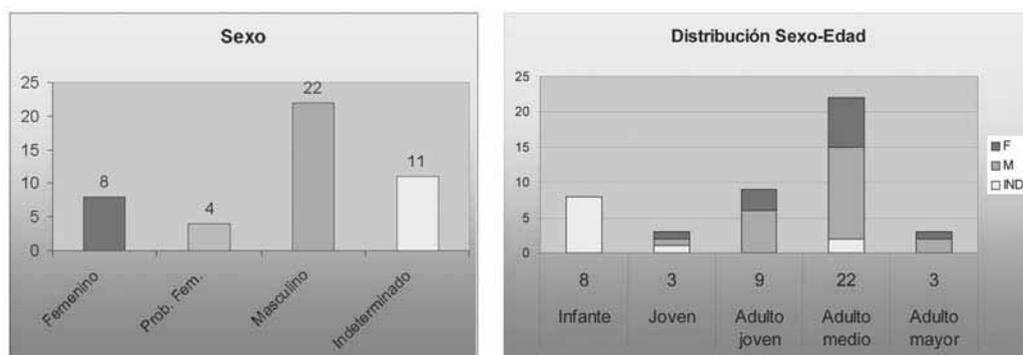


Figura 8. Población funeraria Mochica Medio A según sexo y edad.

Por otro lado, a través de la sucesión de cementerios superpuestos en San José de Moro, parece entreverse, también, una subdivisión arquitectónica de los diferentes espacios funerarios. Las mayores evidencias pertenecen al periodo denominado Transicional, donde un conjunto de grandes cámaras funerarias está cercado con un ancho muro perimetral de adobes (Castillo 2004). Para el cementerio MMA hemos hallado las primeras evidencias de muros que podrían subdividir los espacios funerarios, esta vez con adobes de marcas similares a las encontradas en adobes de tumbas. El muro encontrado coincide con el límite sur del espacio ocupado por los contextos funerarios del Grupo Este (Bernuy 2004) (figura 9).

En líneas generales el Grupo Oeste se caracteriza por contener contextos funerarios con pozos de acceso y cámaras laterales profundas; con sellos de adobes mejor contruidos y una mayor cantidad de ajuar funerario, en comparación con su contraparte, el Grupo Este. Por el contrario, el Grupo Este presenta pozos de acceso y cámaras más superficiales, con sellos de adobes más desordenados e individuos con muy poco o ningún ajuar funerario. Podría considerarse así, que la construcción de tumbas del Grupo Este es menos prolija y los individuos enterrados allí son algo más pobres que los del Grupo Oeste, sin pertenecer, sin embargo, a otra tradición funeraria. El patrón funerario de ambos grupos, a pesar de las diferencias cuantitativas, es básicamente el mismo.

Establecidas las particularidades de los dos grupos funerarios debemos buscar una lógica de crecimiento o de organización interna de ellos. Así, creemos que ambos grupos se organizan en torno a tumbas especiales, tumbas que contienen una mayor cantidad de bienes.

El contexto funerario M-U813, la tumba principal del Grupo Oeste, presenta tres objetos de cerámica, uno de ellos de estilo Gallinazo y los otros dos de estilo Mochica. El individuo de esta tumba fue enterrado, además, con objetos de cobre como cuchillos, cinceles, un punzón y una pinza con representación de *ulluchus*. El contexto funerario M-U725, la tumba principal del Grupo Este, tiene aun una mayor cantidad de objetos. Entre estos objetos se encuentran tres vasijas de cerámica, artefactos de piedra que parecen ser yunques y martillos (Fraresso, en este volumen), punzones y cinceles de cobre engastados en huesos animales, y piezas de cobre que representan un cánido (figura 10).

Tanto la tumba del Grupo Oeste, M-U813, como la del Grupo Este, M-U725, contienen a los hombres más viejos, alrededor de sesenta años, y con mayor ajuar del cementerio. Ellos han sido enterrados con objetos útiles para el trabajo con metales, como martillos, yunques, punzones y cinceles, y con adornos de cobre que parecen mostrarnos el fruto de su trabajo. Ambos orfebres presentan patologías, como fracturas curadas en brazos y pies, quizá producto de su oficio (Tomasto 2000, 2001). Las marcas de los adobes de sus tapas pueden estar indicándonos su



Figura 9. Grupos funerarios del cementerio Mochica Medio A.

elevado estatus. Ambas tumbas también parecen estar entre las más tempranas del cementerio y, posiblemente, dan origen a los dos grupos mencionados. Es alrededor de ambas tumbas que se organizan los demás contextos funerarios de cada grupo.

Oficios

Los contextos MMA de San José de Moro muestran, en términos generales, una clara diferenciación sexual del trabajo, donde los hombres, en es-

pecial los mayores, fueron enterrados con elementos de trabajo en metal. Las mujeres, por su parte, al ser enterradas con piruros, agujas de hueso y ollas con hollín, debieron dedicarse a la textilera y a preparar los alimentos. Los dos grupos funerarios, el Oeste y el Este, poseen características de grupos familiares extensos, con marcada división sexual del trabajo. Los individuos fueron enterrados alrededor de ancianos metalurgos que, por longevos, fueron considerados individuos venerables dentro de su sociedad (figura 11).

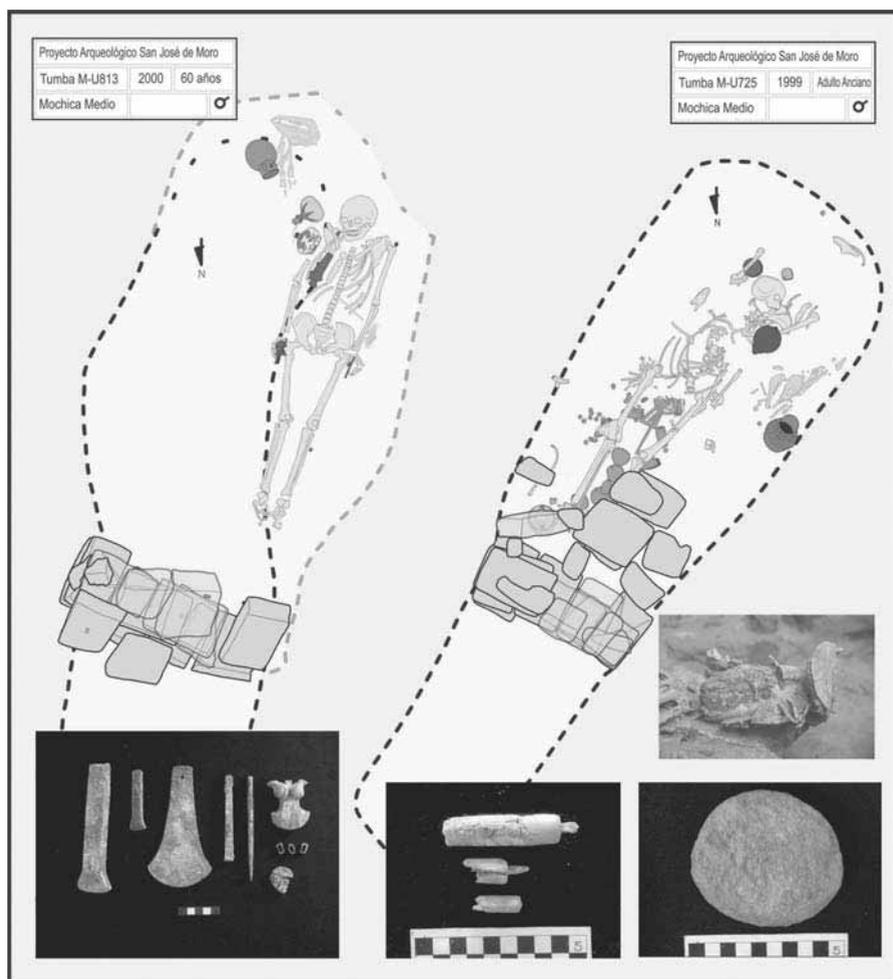


Figura 10. Dibujo de tumbas principales de los Grupos Oeste (M-U813) y Este (M-U725).

El evento del entierro y los procesos tafonómicos

Por lo expuesto, el proceso de enterramiento de los individuos no parece ser demasiado complejo. Se inicia fracturando un lingote de cobre y colocando las piezas en las manos y la boca del difunto. Luego se le envuelve en tejidos y en una estera de cañas que se refuerza con sogas.

La construcción de la estructura funeraria no es más compleja. El proceso de cavado del pozo de acceso y la cámara debió hacerse con un instrumento

de cobre o madera, una especie de palo cavador que, por las improntas halladas en las tumbas, debió tener un ancho de hoja de unos 15 cm. Romper las capas estériles de arcilla del sitio debió ser difícil, pero la labor se pudo realizar en pocas horas.

La confección de adobes demanda más tiempo. En la actualidad, remojar la tierra y pisarla para mezclarla con el agua puede demorar dos días. La fabricación de unos veinte adobes toma menos de una hora y el secado, otros dos días. En total, todo el proceso de construcción de una estructura para

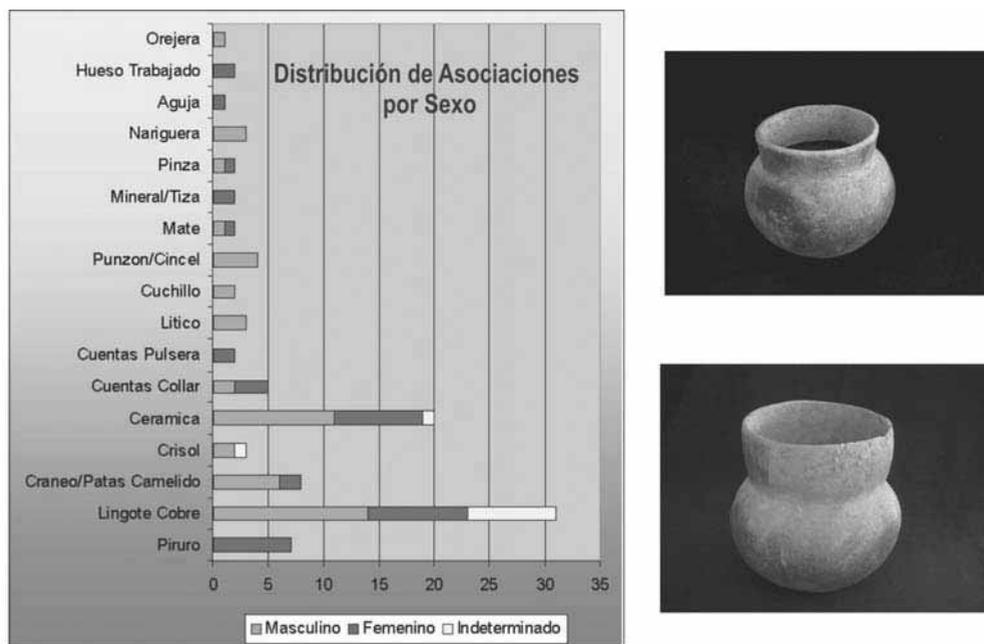


Figura 11. Tabla de distribución de asociaciones por sexo. Derecha: ollas encontradas en tumbas de mujeres.

albergar al muerto no debió tardar más de cinco días.

Unas pocas personas, dos o tres, son más que suficientes para dar sepultura a un individuo del periodo Mochica Medio en San José de Moro.

Si la construcción de una tumba se hubiese iniciado en el mismo momento del deceso de un individuo, este pudiera haber sido enterrado hasta cinco días después de acontecida la muerte. Sin embargo, los procesos ocurridos en San José de Moro parecen contarnos una historia distinta.

Andrew Nelson y Luis Jaime Castillo (1997) describen un complejo proceso tafonómico que alteró la posición anatómica correcta de los esqueletos hallados en las tumbas de bota de San José de Moro. La mayor parte de los individuos de la muestra que ellos publican resulta corresponder al periodo Mochica Medio. En sus análisis, encuentran una ligera desarticulación de algunos huesos hacia la cabeza; como huesos de los pies, las costillas y algunas vértebras. La explicación que dan es la siguiente: los pozos de acceso de las botas son tan estrechos que solo es po-

sible bajar a la tumba a un individuo de cabeza o de pie. Casi todos los individuos del Mochica Medio han sido colocados en el interior de las cámaras con los pies apuntando al sello de adobes, por lo que los muertos fueron transportados a las tumbas con la cabeza hacia abajo. Solo es posible la desarticulación de los huesos en un proceso avanzado de descomposición (figura 12).

Nelson y Castillo concluyen que existe un ritual funerario preentierro prologado lo suficiente como para que, al ser enterrado un individuo en una tumba de bota, algunos de sus huesos se desplacen hacia la cabeza. El tiempo sugerido por ellos para el ritual funerario preentierro, aunque variable, es de algunas semanas.

Los alrededores de las zonas de enterramiento

En San José de Moro no se han encontrado viviendas permanentes. Por este motivo, la muerte y parte del proceso de descomposición se produjeron en un lugar distinto, y el cadáver fue transportado al sitio

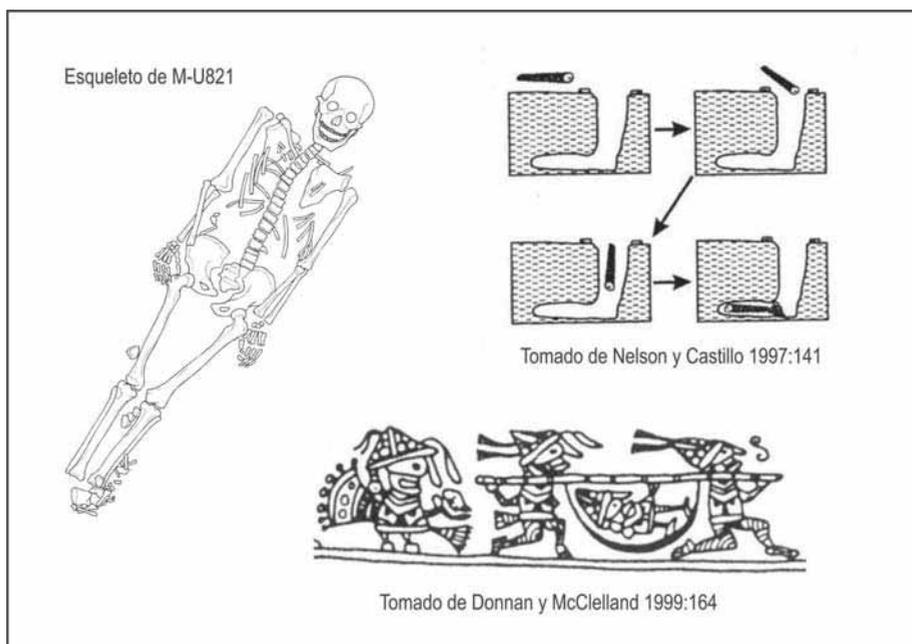


Figura 12. Esquema de procesos tafonómicos ocurridos en el cementerio de San José de Moro.

con posterioridad, tal como lo demuestran imágenes de la iconografía mochica (por ejemplo procesión funeraria). En San José de Moro, la preeminencia de hombres adultos en relación con mujeres y niños nos indica que estos hombres, al ser traídos en procesión al sitio, eran considerados especiales en sus comunidades.

¿Qué sucede en las zonas donde no hallamos concentraciones de tumbas? Más allá de las áreas netamente sepulcrales, en San José de Moro existen amplios espacios donde no se encuentran contextos funerarios de la fase MMA (figura 9). Estos espacios se localizan, principalmente, en la franja central de la llanura del sitio. En esas zonas no funerarias, hemos encontrado una buena cantidad de hoyos. Unos son de tamaño medio, que en contadas oportunidades contuvieron ollas con evidencias de cocción, y otros más angostos, de alrededor de 15 cm de diámetro, que originalmente debieron sostener postes. Lamentablemente no tenemos evidencias de los postes, o por la mala conservación del sitio, o porque estos fueron movidos constantemente de lugar de-

jando una confusa distribución de hoyitos en los suelos más antiguos del sitio.

Aunque la distribución espacial de los postes no es clara debido a los constantes movimientos producidos, parecen, por lo menos en algunos casos, formar una distribución circular u oval de entre tres y cinco metros de diámetro. Quizá sirvieron para establecer ramadas y viviendas temporales usadas por los deudos en los días del entierro, para refugiarse o pernoctar mientras duraron las exequias. Algunos fogones y el poco material doméstico encontrado apoyan esta idea, pero de ningún modo podrían abastecer o justificar residencias permanentes (figura 13).

El panorama parece completarse. Luego de ritos prolongados, los individuos son depositados en uno de los grupos hallados para la fase MMA. Las exequias iniciadas en lugares alejados parecen durar también algunos días en el camposanto de San José de Moro, pues las zonas que no fueron usadas como áreas sepulcrales fueron usadas para construir pequeñas viviendas temporales, que protegieron a los deudos venidos desde sus poblados.

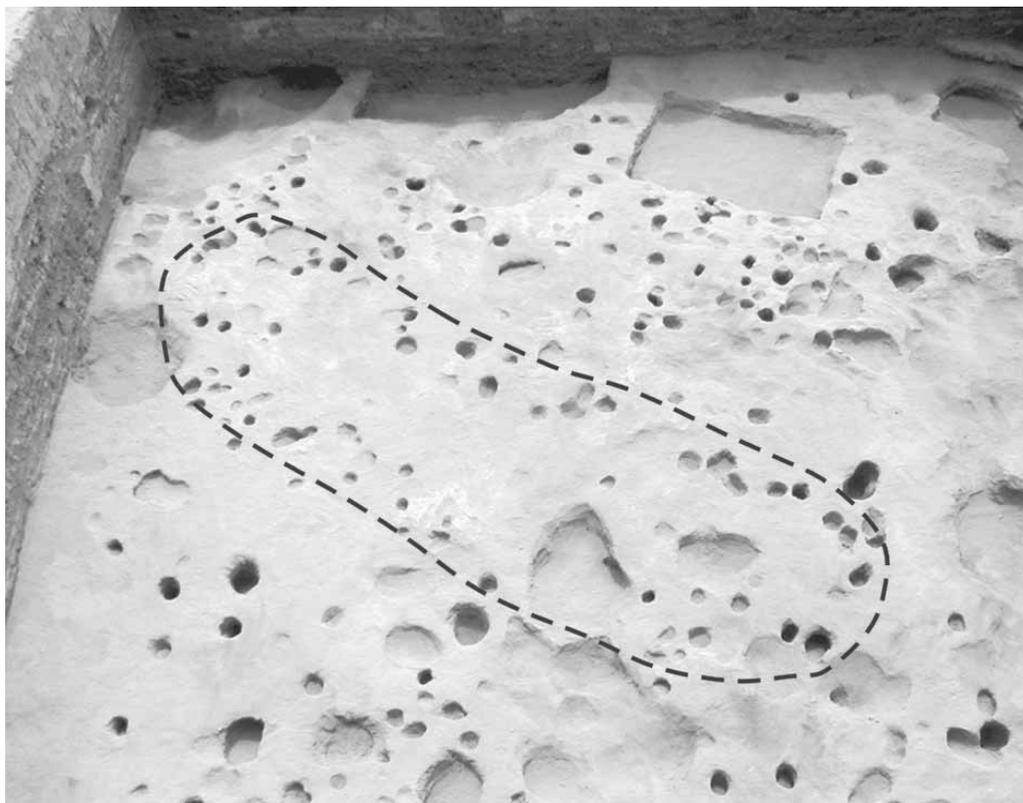


Figura 13. Hoyos de poste de viviendas temporales utilizadas durante las exequias. Área 32, temporada 2003. Foto: Katiusha Bernuy.

Discusión

Los grupos funerarios Mochica Medio A de San José de Moro

Si las ideas expuestas anteriormente son correctas, entonces una pregunta se hace necesaria: ¿qué significa la existencia de al menos dos grupos funerarios durante la fase MMA de San José de Moro? Ambos grupos se comportan de forma muy similar: una tumba principal, que alberga un anciano masculino, de mayor rango, con oficio de orfebre, a raíz de la cual se genera cada conjunto. Ambos grupos pueden corresponder a grupos de familias extensas conformadas por hombres metalurgos y, seguramente, cumpliendo otras actividades que no se ven reflejadas en los contextos funerarios; y mu-

jes dedicadas a la textilería y a la cocina. Sin embargo, estos grupos también muestran ciertas diferencias sustanciales. Aunque pertenecen a la misma tradición (las mismas costumbres funerarias y los mismos estilos cerámicos), podemos ver que un grupo, el Oeste, evidencia un mayor cuidado en el proceso funerario y que los individuos allí enterrados poseen una mayor cantidad de bienes. Es decir, tuvieron un mayor acceso a la riqueza. Por su parte, el Grupo Este muestra tumbas peor construidas y una menor cantidad de bienes, por lo que podríamos considerarlo como el grupo más pobre de ambos. Recordemos, sin embargo, que la Tumba M-U725 con mayor cantidad de objetos se encuentra en el Grupo Este, es decir, que en este grupo se nota una mayor diferenciación jerárquica entre sus miembros.

Podría tratarse efectivamente de dos grupos familiares. Sin embargo, el carácter funerario de San José de Moro nos indica que todos los individuos de la muestra, de ambos grupos, han sido traídos de lugares distantes, desde sus zonas de residencia, para ser sepultados en el sitio. Aunque nos faltan argumentos para demostrarlo, como por ejemplo dos zonas de residencias temporales separadas en el interior de San José de Moro, creemos que ambos grupos están conformados por dos poblaciones distintas, que tuvieron su lugar de residencia en zonas diferentes del valle. Si esto es correcto y los grupos residieron en lugares distintos, ¿dónde están los sitios habitacionales de aquellos que vienen a enterrarse durante la fase MMA en San José de Moro? Desde la excavación de un cementerio la pregunta no tiene una respuesta clara y, aunque se han realizado exhaustivas prospecciones en los alrededores del río Chamán y el norte del Jequetepeque (Proyecto Pacasmayo, PASJM, Wolfgang Hecker y Giesela Hecker, Herbert Eling), no se han encontrado, de momento, zonas de residencia que permitan saber dónde y cómo viven quienes han sido enterrados en el sitio durante la fase MMA.

El lugar más parecido al cementerio que nos interesa es Pacatnamú. Las investigaciones en el sitio relacionadas con el periodo Mochica Medio son, también, de carácter funerario. El cementerio excavado por Heinrich Ubbelohde-Doering entre 1937 y 1938 al norte de la Huaca 31 (Ubbelohde-Doering 1983) muestra claras correspondencias con los contextos descritos para MMA de San José de Moro. En varios aspectos, como el tipo de tumbas de bota, la orientación y posición de los individuos y el tipo de ajuar funerario, los cementerios de San José de Moro y Pacatnamú, tienen características similares. Aunque en Pacatnamú algunos de los contextos son bastante más complejos, y con un excelente estado de preservación, en algunas de nuestras tumbas ha sido posible identificar restos de envoltorios textiles, ataúdes de cañas, soguillas y mates, ajuar que en suma, comparten ambos sitios.

La cerámica es también similar, y si en Pacatnamú existe mucha mayor cantidad de objetos excavados, puede deberse a la existencia de tres tumbas colectivas que poseen una extraordinaria riqueza. Los tipos

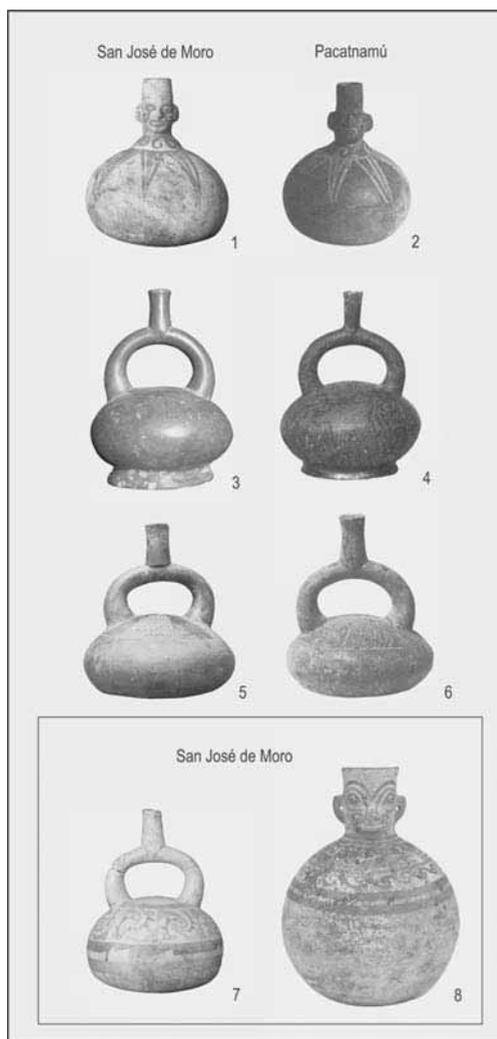


Figura 14. Cerámica de tumbas de bota MMA de San José de Moro, izquierda; y cerámica de tumbas de Pacatnamú (Tomado de Ubbelohde-Doering 1983).

cerámicos que aparecen en el repertorio de Pacatnamú, pero no en nuestro registro, pueden deberse a lo pequeño de nuestra muestra. Así, ambos cementerios, tanto el del norte de la Huaca 31 como el de San José de Moro deben ser lugares de enterramiento de los mismos grupos humanos MMA del norte del Jequetepeque (figura 14).

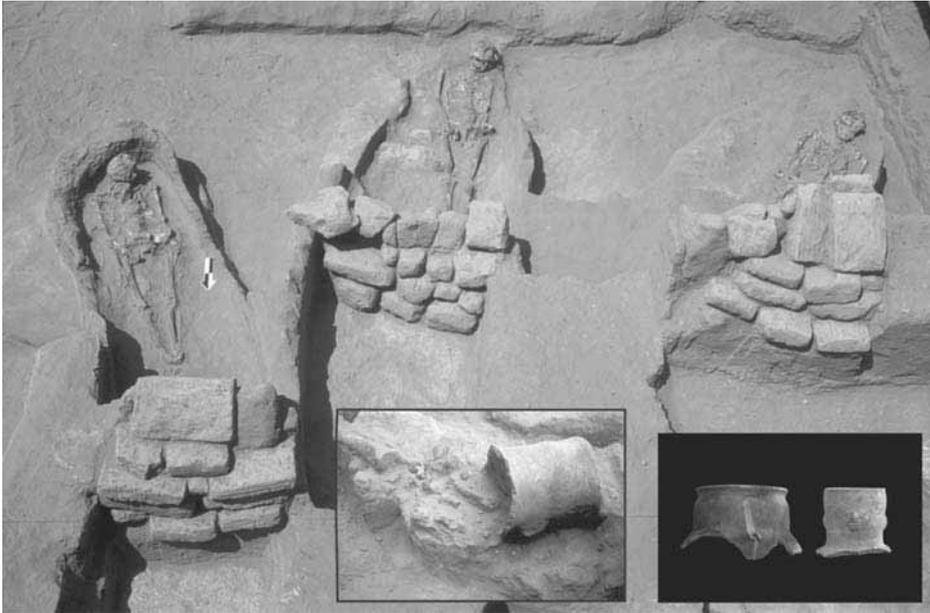


Figura 15. Tumbas del periodo Mochica Medio B. Áreas 15-16. Abajo: cerámica funeraria Mochica Medio B. Cuello de olla de borde compuesto. Cuello de cántaro cara-gollete de rostro arrugado.



Figura 16. Primera muralla de ciudadela Cerro Pampa de Faclo.

El cementerio H45 CM1, excavado por Christopher Donnan en Pacatnamú (Donnan y Cock 1997), a doscientos metros al noroeste del excavado por Ubbelohde-Doering, posee también varios parecidos con el cementerio de San José de Moro, tanto en el tratamiento de los cuerpos como en el ajuar funerario. H45 CM1, sin embargo, dista de Moro en el tipo de estructura (de fosas superficiales) y en algunas piezas cerámicas, en particular, unos cántaros cara-gollete con caras impresas, que guardan mayor parecido estilístico con fragmentos de vasijas hallados para la fase MMB. Aún no hemos hecho análisis detallados de las superposiciones de contextos excavados en H45 CM1 (como hace Kaulicke 1998), pero creemos que por el tipo de contextos y el material cerámico, estos entierros deben ser una variante del periodo MMA de San José de Moro. A juzgar por la cerámica de los últimos contextos allí enterrados (por ejemplo entierro 2-1 y entierro 67-1) (Donnan y Cock 1997: 41-2, 160; Kaulicke 1998: 115), algunas tumbas se encuentran ya en el tránsito hacia la fase MMB.

Tanto los cementerios H45 CM1 y el del norte de la Huaca 31, como otros cementerios saqueados de los alrededores de Pacatnamú (Verano 1997), pueden estar comportándose de forma similar a los grupos de enterramiento hallados en San José de Moro, y reflejar distintos grupos de parentesco y linaje que provienen de los distintos poblados del valle (Verano 1997: 194).

Otro sitio que muestra cerámica parecida a la del cementerio de San José de Moro es Sipán. Una comparación general entre la plataforma funeraria de Sipán, con individuos ricamente ataviados y enormes cantidades de cerámica, y el cementerio de Moro es difícil de establecer. Sin embargo, existen correspondencias en cuanto al estilo cerámico entre los MMA y las tres primeras fases constructivas de la plataforma de Sipán, en especial con objetos de la tumba del Viejo Señor (Tumba 3; Alva y Donnan 1993).

A diferencia de la cerámica de presumible carácter utilitario que poseen tanto las tumbas de los cementerios de Pacatnamú como las de San José de Moro, en el caso de Sipán debemos hacer comparaciones con el ajuar funerario más fino de nuestro sitio. En especial, con dos tipos cerámicos: el primero es una bote-

lla asa estribo recurrente en Sipán (Tumbas 5 y 8; Alva 2001: figuras 14,15 y 17), de la que existe un caso en San José de Moro (Tumba M-U725). Es un tipo de botella de engobe crema, líneas paralelas en naranja y púrpura sobre el diámetro máximo del cuerpo y diseños de olas y aves estilizadas (figura 14.7). El segundo tipo es un cántaro cara-gollete de engobe crema y pintura roja formando un rostro de animal (¿zorro?) del que en nuestro sitio existe un caso (Tumba M-U413) y en Sipán (Tumba 3) encontramos más de una decena, junto con un tipo similar de cántaro que presenta el rostro de un guerrero (figura 14.8).

Si bien poseemos datos de vasijas utilitarias, como las ollas con hollín provenientes de nuestros contextos y de los cementerios de Pacatnamú, carecemos aún de sitios habitacionales publicados para el valle que muestren un corpus completo de cerámica utilitaria, para así obtener una visión panorámica de la fase MMA del Jequetepeque. Dicha fase, por lo expuesto, parece guardar congruencias estilísticas con un ámbito regional mayor entre el valle de Jequetepeque y el de Lambayeque.

Desde hace dos años, uno de los miembros del PASJM, Karim Ruiz, realiza recorridos entre las zonas norte del río Jequetepeque y el valle de Chamán. Esta zona también ha sido prospectada anteriormente por el Proyecto Pacasmayo (Dillehay 2001). Hasta hoy los recorridos por la zona no muestran evidencias de sitios arqueológicos que puedan, como dije, relacionarse con los cementerios descritos de la fase MMA. San José de Moro queda, de momento, para esta época, como un sitio aislado varios kilómetros a la redonda. Pacatnamú y la zona inmediatamente al norte del río Jequetepeque, en cambio, cuentan con algunos cementerios que corresponden a dicha época. Posiblemente, por la magnitud del sitio, algunas de las «huacas» del complejo, como Huaca 1 y Huaca 31 (Donnan 1997: 12), pueden corresponder a manifestaciones arquitectónicas de la fase MMA, comportándose como lugares de culto, o sitios administrativos. En Pacatnamú existen además zonas domésticas mochica en los alrededores de estas construcciones (Donnan 1997: 12). Si los datos recabados en prospecciones reflejan los eventos ocurridos y no existen viviendas MMA en las cercanías de San José de Moro o en el valle de

Chamán, este sitio, que funcionó como un cementerio aislado, resulta también punta de lanza de un nuevo grupo humano, con posible sede en Pacatnamú y sus alrededores. San José de Moro pudo haber servido exclusivamente de cementerio en una nueva zona mochica, con pocos recursos hídricos, ubicada en la margen derecha del estacional río Chamán.

El cementerio Mochica Medio B de San José de Moro

Según este panorama, en San José de Moro se inaugura un nuevo cementerio, superpuesto al anterior y, de momento, con menos contextos funerarios. Cementerio que hemos denominado Mochica Medio B (MMB) por su mayor parecido al cementerio precedente que al posterior Mochica Tardío (figura 15).

Este nuevo cementerio presenta características funerarias similares a las de los grupos MMA. Tiene tumbas de bota e individuos colocados en posición dorsal y orientados hacia el sursuroeste, así como el mismo proceso tafonómico que indica que estos individuos también han sido traídos de otras partes para finalmente ser enterrados en el lugar. El ajuar que presentan los MMB, aunque también muy escaso, es, sin embargo, distinto. Además de algunos fragmentos de cobre en la boca y manos, los individuos han sido enterrados con un cuello de cántaro caracolote insertado en los pies (figura 15). Los pocos fragmentos de cerámica que reconocemos como asociaciones funerarias corresponden a cántaros con caras impresas; ya sean de seres humanos de rostros arrugados, de búhos o lechuzas, o caras incisas de estilo Gallinazo. Las vasijas MMB guardan similitudes con algunos cántaros completos ya mencionados del cementerio H45 CM1 de Pacatnamú. Aunque por lo expuesto líneas arriba, este último cementerio debió tener sus inicios en nuestra fase MMA.

A diferencia de la fase MMA, para la fase MMB disponemos de algunas evidencias de lugares no funerarios ubicados en la margen norte del valle de Jequetepeque y la zona, hoy árida, de la parte baja entre los ríos Jequetepeque y Chamán. Estos lugares no funerarios, que están siendo investigados aún, poseen los mismos tipos cerámicos y algunos otros que los mencionados para la fase MMB de San José de

Moro (Ruiz 2004; Swenson, en este volumen). Algunos de estos sitios fueron anteriormente reconocidos por el Proyecto Pacasmayo y por los esposos Hecker (Dillehay 2001; Hecker y Hecker 1990). Los sitios Ciudadela Cerro Pampa de Faclo (JE-125, del Proyecto Pacasmayo) y Cerro San Ildefonso (JE-279, del Proyecto Pacasmayo), son considerados, junto con otros, sitios habitacionales amurallados del periodo Mochica Tardío (Dillehay 2001: 266, figuras 2-5). Posiblemente algunos de ellos tuvieron una ocupación inicial en la fase MMB y luego continuaron durante el Mochica Tardío. La Ciudadela Cerro Pampa de Faclo presenta, por ejemplo, grandes murallas de hasta tres metros de altura que rodean el sitio y lo protegen. En varios sectores, además, existen evidencias de concentraciones de cantos rodados (Hecker y Hecker 1990: 12; Ruiz 2004) que convierten al lugar en un sitio defensivo. ¿Para qué? (figura 16).

La respuesta está probablemente relacionada con el agua. Es posible que estos sitios y otros con las mismas características en la región pertenezcan a la fase MMB. Algunos de ellos muestran una congruencia cerámica (Ruiz 2004) con lo que nosotros denominamos MMB, anterior a la fase Mochica Tardío A de San José de Moro (Castillo 2000a).

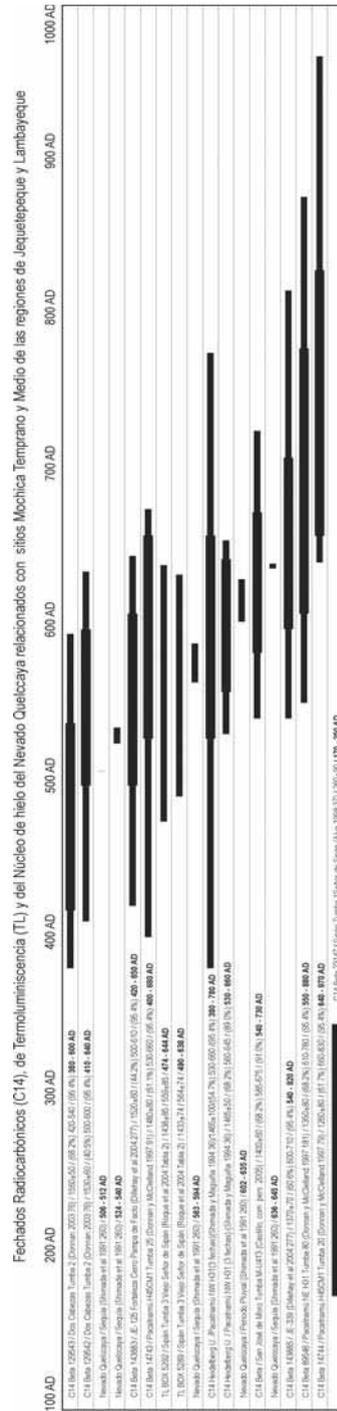
La proliferación de sitios MMB y Mochica Tardío en el valle marcan el inicio de una ocupación permanente en la cuenca del Chamán y en las pampas que unen esta cuenca con la del Jequetepeque hacia el sur. Esta intempestiva ocupación de la región parece coincidir con la creación de canales de riego, que desvían aguas desde el río Jequetepeque hacia la cuenca del esporádico río Chamán (Luis Jaime Castillo, comunicación personal 2004). Los únicos sitios hallados en la zona para la época anterior, MMA, no justifican la creación de los complejos sistemas de riego de la región. Por un lado Pacatnamú, que se ubica cerca al lecho del río, aunque en la parte alta de los acantilados de la ribera derecha del Jequetepeque y, por otro, San José de Moro, que por su carácter funerario no necesariamente es dependiente de recursos de agua permanentes.

La enorme infraestructura hidráulica del Jequetepeque ya ha sido estudiada ampliamente por Herbert Eling (1987), aunque la periodificación usada y la filiación cultural resultan algo gruesas para nuestros

propósitos. A raíz de esta confluencia de sitios habitacionales (que demandan sí la existencia de recursos de agua cercanos) MMB y Mochica Tardío, y los canales de irrigación; ambos, canales y sitios habitacionales MMB, deben ser, por lo menos en algunos casos, contemporáneos.

Luis Jaime Castillo (comunicación personal 2004) menciona hasta cuatro canales que desde el Jequetepeque irrigan diversas zonas de la cuenca del Chamán. Llevar a cabo tal obra de infraestructura requiere un grupo con intereses comunes en el interior del valle. Si existe una fuerza común a estas zonas habitacionales como Ciudadela Cerro Pampa de Faclo, Cerro San Ildefonso y otros para construir canales que irri- guen sus campos de cultivo, o que suministren agua para el consumo directo, ¿Por qué los moradores de estos lugares tienen la necesidad de amurallarlos y defenderse? ¿Es posible, desde este punto de vista, que aparezcan distintos grupos en pugnas, cada uno de ellos asociado a la construcción de un canal? ¿La existencia de distintos grupos humanos en el valle incidirá en distintos grupos funerarios MMB en San José de Moro?

Lo dicho parece indicarnos, tal como sugieren las nuevas teorías en torno de diversos grupos mochicas (Dillehay 2001; Makowski 2004; Quilter 2002), que en la región Jequetepeque-Chamán existe un sistema similar al de *parcialidades* de los primeros momentos coloniales. Sistemas que podrían ser catalogados como de dos tipos: con canales intravalle, como el canal de Talambo, o con canales «*multipolity*», como los canales del banco sur de Pacasmayo, aunque podríamos mencionar también, las acequias de Chafán y de Pacanga. Estos canales «*multipolity*» podrían haber sido construidos por dos o más organizaciones equivalentes a parcialidades (Netherly 1984: 238) durante MMB. Los fechados existentes para el periodo Mochica Medio (figura 17) indican que es alrededor de MMA o de MMB cuando se producen las fuertes anomalías climáticas (una prolongada sequía de tres décadas seguida de un periodo de lluvias de igual duración; Shimada *et al.* 1991: 46-8) que antes pensábamos acabaron con los mochicas y que ahora creemos que es donde pueden estarse creando los canales para un mejor aprovechamiento del agua existente en la región.



Los fechados radiocarbónicos (C14) han sido calibrados mediante el programa OxCal Viewer, Versión 3.10 Bronk Ramsey 2005. Entre paréntesis figuran los porcentajes de probabilidad y seguidamente los rangos de fechados calendáricos.

Figura 17. Fechados absolutos de los sitios mencionados.

Los mayores problemas que aquejaban a las parcialidades de la época colonial eran, precisamente, las pugnas por la administración y utilización de los sistemas hidráulicos. ¿Quiénes se encargan de administrar los canales? ¿Quiénes se encargan de limpiarlos? ¿Quiénes y por cuánto tiempo distribuyen las aguas? ¿Qué zonas de cultivo merecen regarse y en qué momentos? Todos estos problemas subsisten en la actualidad y seguramente afectaron a las parcialidades mochicas.

Cerámica y estratigrafía durante los periodos Mochica Temprano y Medio en el Jequetepeque

Una última idea que queremos tratar aquí está relacionada con la distribución espacial, en el interior de la región, de los sitios que conocemos como Mochica Temprano (Dos Cabezas, La Mina, Tolón) frente a los asentamientos Mochica Medio (Pacatnamú y sus alrededores y, en menor medida, San José de Moro). El uso exclusivo de criterios estilísticos como indicadores de diferencias temporales no es necesariamente valedero. El tiempo en los estudios arqueológicos está mejor determinado por superposiciones estratigráficas y fechados absolutos.

Aunque usar un criterio estilístico de cerámica fina como marcador espacial puede resultar igual de peligroso, el cambio de enfoque es de utilidad. Los asentamientos conocidos como Mochica Temprano se ubican en la margen sur de la desembocadura del Jequetepeque. Los asentamientos conocidos como Mochica Medio (A) se ubican tanto en la margen norte de la desembocadura (Pacatnamú y alrededores), como algo más al norte, en San José de Moro.

Luis Jaime Castillo y Christopher Donnan han utilizado criterios estilísticos exhaustivos, aplicados principalmente a la cerámica, logrando diferenciar un periodo Mochica Temprano y un periodo Mochica Medio. Sin embargo, al aplicar criterios estratigráficos complejos en los sitios por ellos excavados, confirmaron la inexistencia de sustentos estratigráficos para diferenciar ambos periodos (Castillo y Donnan 1994a: 161). Ningún estudio realizado en el territorio que ambos autores llaman Mochica Norte, muestra una estratigrafía compleja que recorra toda la secuencia mochica de tres periodos: Temprano, Medio y Tardío. Muy por el contrario, en San José de Moro con ya un porcentaje con-

siderable del sitio excavado hasta los niveles estériles, no se han hallado elementos atribuibles al periodo Mochica Temprano. En Pacatnamú tampoco existen evidencias del periodo, salvo una botella asa estribo proveniente de la Tumba V VII, excavada por Ubbelohde-Doering, y quizá otra, del mismo estilo, aunque en este caso no se nota el gollete (Ubbelohde-Doering 1983: figuras 63-1 y 24-1), proveniente de la tumba más rica del lugar, EI. Ambas vasijas, curiosamente, representan búhos. De manera que, a excepción de estas dos piezas, la secuencia mochica de ambos sitios se inicia en Mochica Medio y termina en Mochica Tardío.

En la otra margen, durante las excavaciones de la tumba de cámara de La Mina solo se lograron recuperar del saqueo algunas vasijas que pertenecen al periodo Mochica Temprano, incluido un cerámico con representación de búho similar al de la Tumba V VII de Pacatnamú (Narváez 1994: lámina II-3). Dos Cabezas por su parte muestra una secuencia de Virú o Gallinazo junto con Mochica Temprano, y luego de un prolongado abandono; una ocupación de la cultura Lambayeque (Donnan y Cock 1995: 88). No existe ocupación Mochica Medio en el lugar. La cerámica proveniente de los magníficos contextos funerarios de Dos Cabezas es también enteramente de estilo Mochica Temprano (Donnan 2003).

La existencia de pocos objetos Mochica Temprano en sitios Mochica Medio de la otra margen, puede ser explicada como algún tipo de relación de intercambio entre ambos grupos, en cuyo caso, objetos finos deberían ser ocasionalmente encontrados en tumbas importantes como EI de Pacatnamú. Lo dicho parece confirmar que en lugares donde existe ocupación Mochica Temprano no existe ocupación Mochica Medio y viceversa. Ambos estilos sí, en estrecha vinculación, con cerámica de estilo Gallinazo.

Geográficamente la zona resulta sumamente interesante, con un sitio como Pacatnamú en una zona alta sobre el acantilado, en la margen derecha del río Jequetepeque, y Dos Cabezas enfrente, en un lugar bajo de la otra margen. Los fechados absolutos parecen apoyar también una cierta contemporaneidad de ambas zonas.

Si nuestra suposición es correcta, ¿ambas zonas formarían una organización dual durante el Mochica Medio A y el Mochica Temprano que serían fenómenos

contemporáneos ocurridos años antes de la proliferación de canales y de sitios Mochica Medio B, donde los grupos terminan por atomizarse aún más? En una situación donde los mochicas del Jequetepeque parecen ir de grupos menos polarizados durante el MMA y el Mochica Temprano a un faccionalismo mayor durante MMB, solamente un sólido sistema religioso pudo aplacar las derivas culturales.

Conclusiones

Según nuestros datos estratigráficos, el patrón funerario y los estilos cerámicos en San José de Moro, el periodo Mochica Medio se subdivide, a su vez, en dos fases. Durante la fase Mochica Medio A existen dos grupos funerarios contemporáneos, cuyos miembros residieron en distintos pueblos del valle pero participaron de un mismo desarrollo cultural. Los pobladores de estos lugares decidieron enterrar con mayores pompas a algunos de sus individuos más representativos, haciéndolo fuera de sus ámbitos locales e insertándolos en un ámbito regional, donde grupos de otros pueblos iban también a enterrar a sus muertos. En este lugar, seguramente más allá de las diferencias poblacionales, se intentaban establecer lazos sociales unificadores de la región. Los pueblos desde donde partieron las procesiones funerarias hacia San José de Moro deben aún ser buscados.

Los pocos datos existentes parecen evidenciar un grupo cohesionado al norte del Jequetepeque durante la fase Mochica Medio A. Es posible que el proceso de desarticulación de los mochicas de esta zona haya empezado en la fase que llamamos Mochica Medio B. Esta es la fase donde se inicia la permanente ocupación del valle, por gente seguramente venida desde las orillas del Jequetepeque. Mochica Medio B es también el momento cuando, pensamos tentativamente, se realizan las primeras construcciones de canales que, como hoy, desviaron aguas de la sección media del río Jequetepeque para irrigar la zona de la cuenca del Chamán y las pampas intermedias. Esta es la época también, aunque no tenemos claramente detallados los procesos, en que aparecen pugnas por aguas, que determinan que estos sitios se vuelvan sitios urbanos defensivos, con gruesas y altas murallas y pilas de cantos rodados a la espera de algún ataque. Los lugares de

almacenaje, con grandes cántaros y tinajas, como los que vieron los Hecker en Ciudadela Cerro Pampa de Faclo (Hecker y Hecker 1990: 12) donde eventualmente se almacenaba agua y productos para los tiempos difíciles, debieron ser indispensables en estas ciudades en conflicto. Esta debe ser una época donde en los distintos lugares debieron ocurrir alianzas, pugnas, matrimonios, conquistas y batallas campales, actividades similares a las ejercidas por los pequeños feudos en la alta edad media europea. Solo algunos sitios religiosos como San José de Moro (Castillo 2003a: 79-80) debieron servir como un lugar de sosiego, en donde se enterraron los miembros de distintas comunidades, las cuales, en tiempos normales, estuvieron siempre acechadas y cuyos miembros tuvieron los ojos bien abiertos para evitar el certero hondazo o lanzarse en pos de sus sedientos vecinos.

Agradecimientos. Este texto es en realidad fruto de una gran comunidad de gente que participa del Proyecto Arqueológico San José de Moro. A todos ellos mis agradecimientos: Paloma Manrique, Luis Jaime Castillo, Meritxell Aixarch, Amelia Almorza, Rosabella Álvarez-Calderón, Alfonso Barragán, Claudia Bastante, Vanesa Bernal, Katiusha y Jaquelyn Bernuy, Darío Blanco, Francisco Blanco, María Fernanda Boza, Carlos Bustamante, Stephany Cáceres, Camila Capriata, Ramón Cardoza, Dalia Castañeda, comandante Percy Chuyo, Ana de Chuyo, Rocío Delibes, Coleen Donley, Lisbeth Escudero, Macarena Fernández, Mireia Fort, Carole Fraresso, Freddy Gálvez, Milena Golte, Ángel Guerrero, Armando Guerrero, Susan Haun, Richard, Julio y Marcos Ibarrola, Ilana Johnson, Scott Kremkau, Noelia Lancha, Rosa Lena, Gregory Lockard, Diana Madrazo, Azhara Martínez, Christopher Milan, el mellizo Eduardo Mocarro, María Dolores Moreno, Rut Morlas, Lizzete Muñoz, Carlos Olivera, Claudia Pereyra, Roberto, Walberto, Edilson y Emilio Pérez, Gabriel Prieto, Damián, Ántero y Sabino Quiroz, Cecile Raoulas, Nuria Recuero, Carlos Rengifo, Julio Rucabado, Cristina Ruiz, Karim Ruiz, Erla y Gloria Sánchez, Segundo Sánchez, Zannie Sandoval, Marcelo Sartori, Segundo Solano, Elsa Tomasto, Flora Ugaz, Sophie Vallet, Pablo Vargas, Víctor Vera, Steve Wirtz, Daniela Zevallos y los niños de San José de Moro. A todos, gracias por disfrutar conmigo la arqueología.

Notas

¹ El término Mochica Medio empleado en este artículo se refiere a la ocupación mochica del lugar ocurrida aproximadamente entre los años 400 d.C. y 600 d.C. Esta ocupación es estratigráficamente anterior a la ocupación Mochica Tardío, mejor conocida. Es posible, como se discute en el texto, que el periodo Mochica Medio del norte del Jequetepeque sea contemporáneo al periodo Mochica Temprano del sur, por lo que en el futuro ambos términos deben ser reevaluados. Los patrones funerarios de las fases Mochica Medio A y Mochica Medio B son bastante similares y ligeramente distintos de los patrones Mochica Tardío. La fase MMB y el periodo Mochica Tardío de San José de Moro corresponden al periodo Mochica Tardío de Dillehay 2001.

Referencias citadas

- Alva, Walter
2001 «The Royal Tombs of Sipán: Art and Power in Moche Society». En Joanne Pillsbury (ed.). *Moche Art and Archaeology in Ancient Peru*. Studies in the History of Art 63. Center for Advanced Studies in the Visual Arts, Symposium Papers XL. Washington D. C.: National Gallery of Art, pp. 223-245.
- Alva, Walter y Christopher B. Donnan
1993 *Royal Tombs of Sipán*. Los Ángeles: Fowler Museum of Cultural History, University of California.
- Barley, Nigel
2000 *Bailando sobre la tumba*. Barcelona: Editorial Anagrama S. A.
- Bernuy, Jaquelyn
2004 «Excavaciones en el área 30 de San José de Moro». En Luis Jaime Castillo (ed.). *Programa Arqueológico San José de Moro. Temporada de excavaciones 2004*. Segunda edición. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 48-72.
- Billman, Brian
2002 «Irrigation and the Origins of the Southern Moche State on the North Coast of Perú». En *Latin American Antiquity*, 13 (4), pp. 371-400.
- Binford, Lewis
1971 «Mortuary Practices: Their Study and their Potential». En James A. Brown (ed.). *Approaches to the Social Dimensions of Mortuary Practices*. Memoirs of the Society for American Archaeology, number 25, pp. 6-29.
- Bustamante, Carlos
2003 «Observaciones estratigráficas en el complejo arqueológico de San José de Moro». En «Proyecto Arqueológico San José de Moro. Informe de excavaciones temporada 2002». Informe presentado al Instituto Nacional de Cultura, Lima, pp. 146-153.
- Castillo, Luis Jaime
2000a «La presencia Wari en San José de Moro». En Peter Kaulicke y William H. Isbell (ed.). *Boletín de Arqueología PUCP 4, Huari y Tiwanaku: modelos vs. evidencias*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 143-179.
- 2000b «Los rituales mochicas de la muerte». En Krzysztof Makowski (ed.). *Los Dioses del Antiguo Perú*. Tomo I. Colección Arte y Tesoros del Perú. Lima: Banco de Crédito del Perú, pp. 142-181.
- 2000c «Proyecto Arqueológico San José de Moro. Informe de excavaciones temporada 1999». Editado por Luis Jaime Castillo. Informe presentado al Instituto Nacional de Cultura, Lima.
- 2001 «Proyecto Arqueológico San José de Moro. Informe de excavaciones temporada 2000». Editado por Luis Jaime Castillo. Informe presentado al Instituto Nacional de Cultura, Lima.
- 2003a «Los últimos mochicas en Jequetepeque». En Santiago Uceda y Elías Mujica (eds.). *Moche: Hacia el final del milenio*. Actas del Segundo Coloquio sobre la Cultura Moche (Trujillo, 1 al 7 de agosto de 1999). Tomo II. Lima: Universidad Nacional de Trujillo y Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 65-123.
- 2003b «Proyecto Arqueológico San José de Moro. Informe de excavaciones temporada 2002». Editado por Luis Jaime Castillo. Informe presentado al Instituto Nacional de Cultura, Lima.
- 2004 *Programa Arqueológico San José de Moro*. Temporada de excavaciones 2004. Segunda edición. Editado por Luis Jaime Castillo (ed.). Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Castillo, Luis Jaime y Christopher B. Donnan
1994a «Los mochicas del norte y los mochicas del sur, una perspectiva desde el valle del Jequetepeque». En Krzysztof Makowski (ed.). *Vicús. Colección Arte y Tesoros del Perú*. Lima: Banco de Crédito del Perú, pp. 142-181.
- 1994b «La ocupación Moche de San José de Moro, Jequetepeque». En Santiago Uceda y Elías Mujica (eds.). *Moche: propuestas y perspectivas*. Actas del Primer Coloquio sobre la Cultura Moche (Trujillo, 12 al 16 de abril de 1993). *Travaux de l'Institut Français d'Études Andines* 79. Lima: IFEA, pp. 93-146.
- Dillehay, Tom
2001 «Town and Country in Late Moche Times: A View from Two Northern Valleys». En Joanne Pillsbury (ed.). *Moche Art and Archaeology in Ancient Peru*. Studies in the History of Art 63. Center for Advanced Studies in the Visual Arts, Symposium Papers XL. Washington D. C.: National Gallery of Art, pp. 259-283.

- Dillehay, Tom, Alan Kolata y Mario Pino
 2004 «Pre-industrial Human and Environment Interactions in Northern Peru during the Late Holocene». En *The Holocene*, 14, 2, pp. 272-281.
- Donnan, Christopher B.
 1995 «Moche Funerary Practice». En Tom Dillehay (ed.). *Tombs for the Living, Andean Mortuary Practices*. Washington D. C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection, pp. 111-160.
- 1997 «Introduction». En Christopher Donnan y Guillermo Cock (ed.). *The Pacatnamu Papers*. Vol. 2. Los Ángeles: Museum of Cultural History, University of California, pp. 9-16.
- 2003 «Tumbas con enterríos en miniatura: un nuevo tipo funerario Moche». En Santiago Uceda y Elías Mujica (eds.). *Moche: Hacia el final del milenio*. Actas del Segundo Coloquio sobre la Cultura Moche (Trujillo, 1 al 7 de agosto de 1999). Tomo I. Lima: Universidad Nacional de Trujillo y Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 43-78.
- Donnan, Christopher B. y Luis Jaime Castillo
 1994 «Excavaciones de tumbas de sacerdotisas Moche en San José de Moro, Jequetepeque». En Santiago Uceda y Elías Mujica (eds.). *Moche: propuestas y perspectivas*. Actas del Primer Coloquio sobre la Cultura Moche (Trujillo, 12 al 16 de abril de 1993). Travaux de l'Institut Français d'Études Andines 79. Lima: IFEA, pp. 415-425.
- Donnan, Christopher B. y Guillermo Cock (eds.)
 1986 *The Pacatnamu Papers*. Vol. 1. Los Ángeles: Museum of Cultural History, University of California.
- 1997 *The Pacatnamu Papers. The Moche Occupation*. Vol. 2. Los Ángeles: Museum of Cultural History, University of California.
- Donnan, Christopher B. y Guillermo Cock
 1995 «Proyecto Dos Cabezas, primera temporada de excavaciones». Informe presentado al Instituto Nacional de Cultura, Lima.
- Donnan, Christopher B. y Donna McClelland
 1999 *Moche Finesline Painting. Its Evolution and Its Artists*. Los Ángeles: UCLA Fowler Museum of Cultural History.
- Eling, Herbert H. Jr.
 1987 «The Role of Irrigation Networks in Emerging Societal Complexity During Late Prehispanic Times, Jequetepeque Valley, North Coast, Peru». Tesis de doctorado. Department of Anthropology, University of Texas, Austin.
- Gálvez, César, Antonio Murga, Denis Vargas y Hugo Ríos
 2003 «Secuencia y cambios en los materiales y técnicas constructivas de la Huaca Cao Viejo, complejo El Brujo, valle de Chicama». En Santiago Uceda y Elías Mujica (eds.). *Moche: Hacia el final del milenio*. Actas del Segundo Coloquio sobre la Cultura Moche (Trujillo, 1 al 7 de agosto de 1999). Tomo I. Lima: Universidad Nacional de Trujillo y Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 79-118.
- Hecker, Wolfgang y Gisela Hecker
 1990 *Ruinas, caminos y sistemas de irrigación prehispanicos en la provincia de Pacasmayo, Perú*. Serie Patrimonio Arqueológico Zona Norte 3. Trujillo: Instituto Departamental de Cultura de La Libertad.
- Kaulicke, Meter
 1992 «Moche, Vicús Moche y el Mochica Temprano». En *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, 21 (3), pp. 853-903, Lima.
- 1998 «Algunas reflexiones sobre la cronología Mochica». En *BAS. Estudios americanistas de Bonn, volumen 30: 50 años de estudios americanistas en la Universidad de Bonn*, pp. 105-128.
- Kosok, Paul
 1965 *Life, Land and Water in Ancient Peru*. Nueva York: Long Island University Press.
- Larco, Rafael
 1948 *Cronología arqueológica del norte del Perú*. Buenos Aires: Sociedad Geográfica Americana.
- Makowski, Krzysztof
 2004 «Primeras civilizaciones». En *Enciclopedia temática del Perú*. Tomo IX. Lima: El Comercio S. A.
- Manrique, Paloma
 2004 «Excavaciones en el área 31 de San José de Moro». En Luis Jaime Castillo (ed.). *Programa Arqueológico San José de Moro. Temporada de excavaciones 2004*. Segunda edición. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 73-114.
- Narváez, Alfredo
 1994 «La Mina: una tumba Moche I en el valle de Jequetepeque». En Santiago Uceda y Elías Mujica (eds.). *Moche: propuestas y perspectivas*. Actas del Primer Coloquio sobre la Cultura Moche (Trujillo, 12 al 16 de abril de 1993). Travaux de l'Institut Français d'Études Andines 79. Lima: IFEA, pp. 59-92.
- Nelson, Andrew y Luis Jaime Castillo
 1997 «Huesos a la deriva, tafonomía funeraria en enterríos Mochica tardíos de San José de Moro». En *Boletín de Arqueología PUCP*, 1, pp. 137-163, Lima.
- Netherly, Patricia
 1984 «The Management of late Andean Irrigation Systems on the North Coast of Perú». En *American Antiquity*, 49 (2), pp. 227-254, Society for American Archaeology, Washington D. C.
- Quilter, Jeffrey
 2002 «Moche Politics, Religion, and Warfare». En *Journal of World Prehistory*, 16 (2), pp. 145-195.
- Tomasto, Elsa
 2001 «Informe del análisis de restos óseos humanos procedentes de las excavaciones del Proyecto San José de Moro-2000». En «Proyecto Arqueológico San José

- de Moro. Informe de excavaciones temporada 2000». Informe presentado al Instituto Nacional de Cultura, Lima.
- Ubbelohde-Doering, Heinrich
- 1983 *Vorspanische Gräber von Pacatnamú, Nordperu*. Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, 26. Bonn: Kommission für Allgemeine und Vergleichende Archäologie des Deutschen Archäologischen Instituts.
- Van Gennep, Arnold
- 1960 *The Rites of Passage*. Chicago: Phoenix Books, University of Chicago Press.
- Verano, John
- 1997 «Physical Characteristics and Skeletal Biology of the Moche Population at Pacatnamú». En Christopher Donnan y Guillermo Cock (eds.). *The Pacatnamu Papers*. Vol. 2. Los Ángeles: Museum of Cultural History, University of California, pp. 189-214.